

Algunos viejos, testigos presenciales de la estancia de Juárez en Monterrey, a principios del siglo actual referían que en cierta ocasión, cuando discutía con sus ministros sobre la posibilidad de abandonar la ciudad, y dirigirse a Chihuahua, las opiniones se dividían oponiendo como causa principal la enorme distancia que los separaría de la capital de la República. Juárez replicaba que, si podían llegar hasta esas lejanas tierras en condiciones difíciles, con mayor facilidad regresarían al sonar la hora de la victoria.

Cuando las opiniones se inclinaban en favor de Juárez, el general Negrete, que había permanecido serio, taciturno, como volviendo en sí después de una exploración mental, en tono reposado y grave dijo: no olvidemos que el camino, además de largo, es sinuoso, por las montañas, los ríos, los desiertos y los montes que hay que salvar, y puede suceder que nos veamos en la necesidad de transitar a pie bajo la lluvia y el sol. El señor Presidente...

Le interrumpe Juárez sin alterar la voz y dice: Señor General Negrete: con su patética exposición ha despertado en mí dormidas experiencias de mi vida, cuando descalzo o con huaraches cuidaba de las cabras, no sentía el maltrato en los pies, ni fatiga en el cuerpo, y en cambio mi espíritu se ensanchaba ante las bellezas de los montes, de los arroyuelos, de los pájaros, de las nubes y del sol. Si ahora el destino nos depara una prueba semejante esté usted seguro de que el solo recuerdo de mi niñez me dará ánimo y fuerzas para vencer toda dificultad...

Se había transfigurado la figura de Juárez, y al callar, el general Negrete, cuadrándose militarmente, expresó conmovido: Señor Presidente, con usted iremos hasta el fin del mundo.

Un hijo más de Juárez, nacido en Monterrey, acrecentó su familia. Con este motivo la sociedad hizo sentir su adhesión al matrimonio, especialmente a doña Margarita Maza, que había conquistado el cariño de todos por su modestia y don de gentes. Se le admiraba por su devoción a los deberes de esposa y madre, por su patriotismo y por su valor al acompañar al Presidente de la República en esa ya larga peregrinación, llena de dificultades y de peligros. Por ella se hubiera agregado a la comitiva, sin importarle lo que significaba volver a salvar cientos de leguas de desiertos y montañas, careciendo en ocasiones hasta de lo más elemental para la subsistencia.

No podía Juárez aceptar un sacrificio semejante. La familia reclamaba la atención directa de la madre. Los recursos escaseaban; pero él trataría de proveer lo necesario. Y la despedida se impuso. La Patria atormentada, des-

garrada por la fuerza extranjera y por la ignominia de los malos mexicanos, exigía la entrega sin reservas de los leales.

Juárez seguiría hasta el final en la guerra, su esposa, en el destierro esperaría tiempos mejores.

Como documentos históricos copio el acta del registro civil del niño, y enseguida la de su bautizo.

No fue eso todo ya que también nació en Monterrey una hija del licenciado Pedro Santacilia y de doña Manuela Juárez. Un hijo y una nieta de don Benito vinieron al mundo aquí. También transcribo el acta de su bautizo.

“OFICIALIA PRIMERA DEL REGISTRO CIVIL. Libro No. 1. correspondiente al año de 1864, foja 2.

Al margen.—ANTONIO JUÁREZ.—Acta cuadragesima cuarta.

Al centro.—En la Ciudad de Monterrey, a los veintiocho días del mes de Junio de mil ochocientos sesenta y cuatro, ante mí, el Juez del Estado Civil y testigos que al final se nombrarán, el Presidente de la República, Ciudadano Benito Juárez, vecino de México, y residente hoy en esta Capital, manifestó: que el día trece del corriente, a las nueve y cuarto de la mañana, nació un niño que se llamará ANTONIO, el cual es hijo legítimo suyo y de su esposa la Señora Doña Margarita Maza. Todo lo cual en cumplimiento de la Ley hice constar en la presente acta, que leí al declarante y testigos los Ciudadanos José María Arteaga y Francisco Díaz, mayores de edad y recientemente avecinados en esta Capital, quienes firmaron conmigo: Doy fé.—Anto. Tamez.—Benito Juárez.—José Arteaga.—F. Díaz. (Rúbricas)”.

“LIBRO No. 38 DE BAUTISMOS. PRINCIPIA EL 15 DE ENERO DEL AÑO DE 1864 A 1865.

PARROQUIA DEL SAGRARIO DE LA CATEDRAL DE MONTERREY. Página 106.

En el Palacio de Gobierno, previo el permiso del Superior Gobierno Eclesiástico del Obispado, a los veinte y tres días del mes de julio de mil ochocientos sesenta y cuatro, yo el infrascrito cura, bauticé solemnemente y puse el Santo Oleo y Sagrado Crisma a JOSÉ ANTONIO de un mes y once días de nacido, hijo legítimo del Ciudadano Presidente Licenciado Dn. BENITO JUÁREZ, y de Dña. MARGARITA MAZA, vecinos de ésta, fueron sus padrinos Dn. Pedro Santacilia y Dña. Manuela Juárez a quienes se les advirtió su obligación y pa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
“ALFONSO REYES”
1875 MONTERREY, N.M.

rentesco espiritual; y para constancia lo firmé. RAFAEL DE LA GARZA SEPÚLVEDA (Rúbrica)”.

“LIBRO No. 38 DE BAUTISMOS. PRINCIPIA EL 15 DE ENERO DEL AÑO DE 1864 A 1865.

PARROQUIA DEL SAGRARIO DE LA CATEDRAL DE MONTERREY. Página # 106.

En el Palacio de Gobierno, previo el permiso del Superior Gobierno Eclesiástico del Obispado, a los veinte y tres días del mes de julio de mil ochocientos sesenta y cuatro, yo el infrascrito cura, bauticé solemnemente y puse el Santo Oleo y Sagrado Crisma a MA. JUANA DOLORES, de doce días de nacida, hija legítima de Dn. Pedro Santacilia y de Dña. MANUELA JUÁREZ vecinos de ésta, fueron sus padrinos Dn. Domingo de Goicousia y Dña. Carlota Mora residentes en Nueva York y por comisión de los mismos el Ciudadano Presidente Licenciado Dn. BENITO JUÁREZ y Dña. MARGARITA MAZA, a quienes se les advirtió su obligación y parentesco espiritual; y para constancia lo firmé. RAFAEL DE LA GARZA SEPÚLVEDA (Rúbrica)”.

Siguiendo la costumbre de la región se festejaron los sucesos con una merienda de chocolate y repostería a la que asistieron las personas de más confianza. Sirvió aquella reunión de pretexto para acercarse más los vecinos de Monterrey a la familia del Presidente Juárez.

Cerca el enemigo, con fuerzas numerosas y bien equipadas de franceses y mexicanos afectos al Imperio, de nueva cuenta tomó Juárez los caminos polvorientos del desierto, con la fe inquebrantable de los iluminados. A su familia la envió a los Estados Unidos vía Matamoros.

Enfiló hacia Chihuahua tratando de alejar al invasor de su centro de aprovisionamiento. El coche, modesto medio de transporte, salvaba increíbles distancias rodando entre lodazales, hoyancos, arroyos crecidos, pendientes que obligaban a los pasajeros a bajar del coche; pero la voluntad de servir y de triunfar daba a Juárez un torrente inagotable de energías.

Quien viera aquella desmedrada caravana no podía concebir que en ella fuesen los funcionarios más elevados del Gobierno Republicano. Juárez y algunos de sus ministros en el coche, los demás a caballo. A la vanguardia un

destacamento de soldados de la más absoluta confianza; pero en número tan limitado que por mucho valor y destreza de que fueren poseedores, al ser atacados por fuerzas superiores en número y armamento difícilmente podrían resistir.

A la retaguardia otro destacamento de iguales características, y, en el centro, siguiendo al coche presidencial, caminaban en hilera once carretas, tiradas por bueyes, llevando el valioso cargamento del archivo nacional.

El enemigo tenía noticias de ese arriesgado y trágico éxodo y anhelaba posesionarse de la documentación. Juárez sentía sobre sí la responsabilidad de traer consigo aquel voluminoso cargamento, sin contar con los medios adecuados para su conservación, en un caso nada remoto de ataque del enemigo.

Decidido a dejar en lugar seguro los documentos consultó con sus ministros y estuvieron de acuerdo. Habían llegado a un lugar llamado El Gatuño, del municipio de Matamoros, Coahuila. Era el 4 de septiembre. Habían transcurrido quince días desde la salida de Monterrey, salvando una distancia como de 400 kilómetros. Para llegar a Chihuahua faltaban 800 kilómetros más de tierras pelonas, carentes de agua.

Los vecinos de aquella rancharía recibieron a los maltrechos viajeros con demostraciones de sincera amistad, brindándoles toda clase de atenciones.

“Después del almuerzo —leemos en el folleto *Pueblo Héroe*, escrito por la profesora Rosario Fernández—, camina el señor Juárez bajo una enramada que había frente a la casa, las manos hacia atrás, los ojos clavados en el suelo. Preocupado, se detiene de pronto y pide que llamen a González Herrera, jefe de la guerrilla liberal. Tiene un encargo que hacerle: necesita un hombre capaz de cumplir una misión de importancia suma, de vida o muerte. Se ausenta don Jesús y al rato regresa con el hombre, alto, barbado, de compleción atlética. Se llama Juan de la Cruz Borrego y es agricultor de la región.

“Se sientan los tres bajo la enramada. Juárez, con su habitual actitud solemne, les explica: Las once carretas colmadas de fardos traen los archivos de la Nación. Los invasores y los traidores quieren apoderarse de esos documentos. Hasta Chihuahua, adonde él se dirige, el camino es largo y lleno de acechanzas. Quiere poner en manos de los tulises esos tesoros, seguro de que sabrán guardarlos a riesgo de sus propias vidas. Don Juan de la Cruz Borrego contesta con un parco ‘descuide usted, señor’ e informa que tiene un puñado de hombres a la altura de tal misión. Es todo. El indio y el norteco se estrechan la mano fuertemente, sin más palabras”.

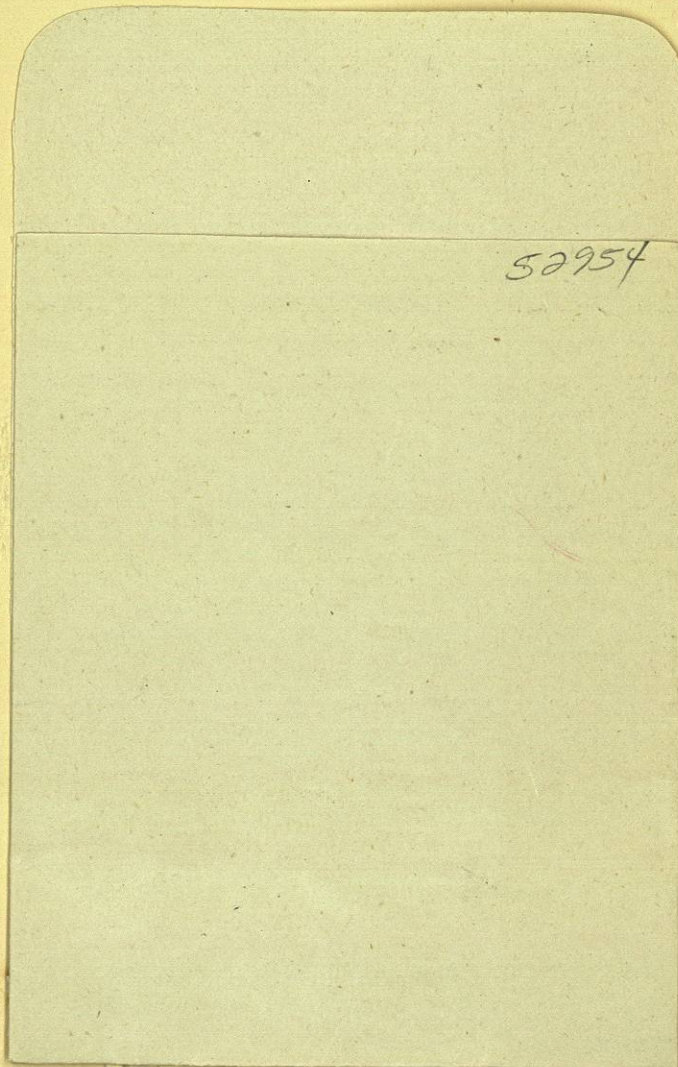
Sigue la caravana rumbo a Chihuahua ya sin la impedimenta del archivo, que ha quedado en poder de un puñado de hombres de honor. Tres años después, de regreso Juárez, amparado por el triunfo de la República, recibe el archivo nacional de manos del mismo Juan de la Cruz Borrego.

Para mi objeto, en esta ocasión, dejo a Juárez en el camino que describe don Carlos Pereyra: "En un campo eriazado de la frontera del Norte, culebreaba, una tarde, la fugitiva caravana presidencial. En la inmensa llanada no había un árbol, una casa, un arroyo: la gobernadora extendía, hasta perderse de vista, su cenicienta alfombra"...

057718

NL
972.12

S162v



BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.